

giosas... al mundo de la ciencia; y por el tratamiento de la relación entre ciencia y teología en cuestiones de interés para el hombre y la mujer de hoy. A lo largo del libro el autor hace gala de una erudición amplísima, que convierte la obra también en un lugar de consulta acerca de los más interesantes y curiosos puntos de la historia de la ciencia.—JORGE BOTANA LAGARÓN.

ENRIQUE GARCÍA HERNÁN, *La acción diplomática de Francisco de Borja al servicio del Pontificado. 1571-1572*, Generalitat Valenciana, Consellería de Cultura, Educació i Ciencia, Valencia 2000, 562 pp., ISBN 84-482-2367-5.

San Francisco de Borja pasó el último año de su vida en un viaje largo por los caminos de Europa, desde junio de 1571 hasta septiembre de 1572. El Papa San Pío V le encargó la misión de acompañar al cardenal Alejandrino, su sobrino, en una legación diplomática por las cortes de España, Portugal, Francia y norte de Italia, con el fin de pedir a los príncipes cristianos su colaboración en la Liga Santa contra los turcos. Este es el argumento de la tesis doctoral, defendida en la Universidad Gregoriana por Enrique García Hernán en 1998. El autor ha conseguido juntar las exigencias científicas de una tesis doctoral con un garbo narrativo que crea cuadros de calidad en la pintura de ambientes y personajes. Es un libro denso, con párrafos de información apretada sobre multitud de sucesos.

El tema era difícil e inédito, porque se sabía poco de aquel último viaje de Borja, sobre el que había grandes lagunas informativas. El autor las ha llenado con tenacidad asombrosa. Conoce todas las fuentes diplomáticas y borgianas impresas, y ha consultado una bibliografía verdaderamente exhaustiva. Para cubrir los huecos que faltaban, que no eran pocos, ha emprendido una implacable búsqueda y captura de documentos en 26 archivos y 15 bibliotecas de España, Italia, Francia, Portugal, Austria, Inglaterra, Irlanda y Alemania, poniendo especial atención en los despachos diplomáticos de los embajadores. La búsqueda ha descubierto importantes documentos borgianos desconocidos, entre los que se destacan los tres memoriales que envió sobre sus visitas a las cortes de España, Portugal y Francia.

Con tan imponente bagaje documental el autor ha entrado a fondo en el asunto, aceptando el desafío que pedían la personalidad de Borja, la gravedad del momento histórico y la complejidad de la política. El autor ha superado el reto con agilidad y profundidad. Se mueve como pez en el agua en el rompecabezas de aquella Europa amenazada por los turcos, y de una cristiandad definitivamente dividida, donde los ideales restauradores del Papa se veían cuarteados por las guerras de religión. El viaje de Borja se encuadra en la excomunión de Isabel de Inglaterra, la batalla de Lepanto, el acoso de los hugonotes a la monarquía francesa y la matanza de la noche de San Bartolomé. El cuadro se complica con los entresijos de las Cortes de Madrid, Lisboa y París, donde la trama de los matrimonios de estado, las desavenencias de las familias reales, los problemas personales de los príncipes y la lucha por el poder de los diferentes grupos cortesanos convertían la vida palaciega en un foco de intrigas y disensiones. A este ambiente de inestabilidad política y de intrigas palaciegas

es devuelto el que fuera Duque de Gandía, virrey de Cataluña y confidente del Emperador. El anciano y enfermo General de la Compañía volvía al mundo en que se movió su juventud, por obediencia al Papa y al servicio de la Iglesia. La elección de Borja para aquella misión era una prueba de su inmenso prestigio.

El libro contiene una buena introducción, cinco largos capítulos, unas conclusiones y unos apéndices con genealogías, mapas e índices. El primer capítulo (cuadro político-religioso del generalato de Francisco de Borja) destaca los motivos de la misión del jesuita, que seguía siendo ante todo un noble con grandes influencias familiares e internacionales. Los siguientes capítulos (dos al cinco) se centran en las sucesivas estancias de Borja, en España, en Portugal, en Francia y en la Península itálica. El contenido de cada capítulo no se ciñe, sin embargo, a los asuntos exclusivos de estos países, pues toca los problemas nacionales e internacionales, tal como se plantean en cada momento. Son fundamentalmente los mismos problemas, con las variantes que reciben con el paso de los días o los cambios de lugares y personas.

El nudo del asunto consiste en que el Papa desea defender la cristiandad contra los turcos e implantar la reforma católica contra los protestantes. Para ello insta a los monarcas católicos a adherirse a la Liga Santa. Un medio para conseguir ese fin es el matrimonio del rey Sebastián de Portugal con Margarita de Valois, hija de Catalina de Médicis y hermana del rey Carlos IX de Francia. De ese modo Francia se acercaría a la Liga y se alejaría el peligro hugonote, que podía agravarse si se realizaba el matrimonio de Margarita con el hugonote Enrique de Borbón. Pero la corte francesa no quería entrar en la Liga, que favorecía el poder de España, y por eso planeaba el matrimonio de Margarita con el hugonote, mientras preparaba un pacto con Inglaterra, que preocupaba a Felipe II. Estos problemas políticos se complican con las dificultades de las personas implicadas. Don Sebastián no quiere casarse con Margarita ni ésta con aquél.

En todos estos asuntos interviene Borja. La corte de Felipe II, en la cumbre de su gloria tras la batalla de Lepanto y el nacimiento de un heredero, vive momentos de euforia alimentados por una propaganda de mesianismo profético, aunque no desaparece la inquietud por el rearme de Francia e Inglaterra. La Corte de Portugal era un avispero. Don Sebastián, dominado por el jesuita González de Cámara, estaba reñido con su abuela Catalina de Austria y su tío el cardenal Enrique. Borja, ayudado por su hijo Juan, que era embajador en Lisboa, procuró rehacer la paz en la familia real portuguesa y conseguir que el indómito Sebastián accediera, con pocas ganas, al matrimonio con Margarita. Además, los espías extendieron el bulo de la impotencia del rey, que Borja se vio obligado a desmentir. El encuentro del cardenal Alejandrino y su séquito con la corte de Francia tuvo lugar en el palacio de Blois. Francia era un país enfermo, en plena crisis de la guerra de religión. Era una corte liviana, que celebraba bailes y mascaradas en plena cuaresma. Había una tropa de personajes pintorescos entre los que se destacaba la reina madre Catalina de Médicis. Aunque en los informes de Alejandrino no se menciona a Borja, éste tuvo gran influencia en los contactos diplomáticos: «menava tutto», como decía el embajador florentino. Mantuvo conversaciones muy serias con las dos reinas y con el rey Carlos IX. La embajada pontificia no logró lo que quiso (Francia no entró en la Liga y Margarita no se casó con Sebastián, sino con Enrique), pero se consiguió la pro-

mesa de que el rey francés no atacaría a España y no favorecería a los hugonotes. Algunos historiadores han puesto en relación la matanza de San Bartolomé con la legación de Alejandrino, pero el autor demuestra que esa tesis carece de fundamento.

Las últimas etapas del viaje de Borja transcurren por el norte de Italia durante los meses que le quedaban de vida en 1572. Fue un viaje penoso, en el que el P. Francisco, gravemente enfermo, cumple los encargos diplomáticos del Papa en la corte de Manuel Filiberto, Duque de Saboya. Tras detenerse en Ferrara y Loreto llegó a Roma «más muerto que vivo». Allí murió santamente, a los tres días de su llegada, el 1 de octubre de 1572.

La obra de García Hernán es una buena aportación para la historiografía del Pontificado de Pío V, pues supera el límite temporal de la legación y toca de lleno el pontificado completo (1565-1572). Se analizan las complejas relaciones Iglesia-Estado de todos los países por donde pasó la legación, y se ofrecen datos muy valiosos sobre todos los elementos que se relacionaban con ella: nombramientos, breves, nuncios, secretaría de Estado, etc. Se trata, pues, de una aportación importante para la historia de la diplomacia pontificia, y, por supuesto, para la historia de la Compañía de Jesús y de su tercer general. La gran figura de Francisco de Borja aparece iluminada con nuevas perspectivas. Es un Borja paciente, dialogante, conocedor de las limitaciones humanas. No obtiene todo lo que desea, pero se empeña en conseguir las ventajas posibles. Al hacer el balance de su misión en Portugal, el autor compara al jesuita con un funámbulo obligado a andar por la cuerda floja, superando presiones contrarias. Algunos le acusaron de actuar con demasiada blandura y suavidad (p. 214). Seguramente aquella vía media, lejos de ser una claudicación, fue un laudable ejercicio de la política como arte de lo posible. En lo que Borja no admitía medianías era en su servicio leal a la Iglesia y al Pontífice. Bien lo demuestra el paso de la litera de viaje al lecho de muerte.

El autor se propone publicar la correspondencia inédita de Borja con el patrocinio de la Generalitat Valenciana y la colaboración del CSIC y del Instituto Histórico S. I. Serían dos volúmenes que completarían los cinco ya publicados sobre Borja en Monumenta Historica S. I. La realización de este proyecto sería un magnífico complemento documental para la investigación realizada.—M. REVUELTA GONZÁLEZ.

ENRIQUE GIMÉNEZ LÓPEZ (ed.), *Expulsión y exilio de los jesuitas españoles*, Alicante, Universidad de Alicante, 1997, 398 pp., ISBN 84-7908-329-8.

La *Compañía de Jesús* ha vivido tres trágicas experiencias en los últimos siglos, y, aunque posiblemente para la historiografía haya tenido una mayor relevancia la acaecida durante la Segunda República, ésta que aborda nuestro libro ha sido muy seguramente la que mayores perjuicios y sufrimientos causó a los seguidores de San Ignacio de Loyola. Desde un punto de vista estrictamente historiográfico, debemos señalar que eran necesarios nuevos estudios sobre el tema, ya que la cuestión no había sido revisada desde los años setenta.